

LA LENGUA VASCA, EL MEKONG, LOS ZULÚES Y YO

Tengo con la lengua vasca una larga historia, conflictiva, difícil, y rica. Debo mucho a esta lengua, que no hablo pero que es mi lengua materna *stricto sensu* y también la lengua de mis abuelas, por ambas partes. El francés es mi lengua habitual de escritura y de habla, pero mi familia era trilingüe, vasca-española-francesa.

La herencia del vasco se rompió en mi generación por una mezcla de razones históricas, políticas, sociológicas y también neuróticas (familiares). Por el lado francés, es una historia banal, la de muchos vascos de mi generación. Me amputaron mi lengua materna y la de mis abuelas. La descifro, con dificultad, con un diccionario o con ayuda de mi madre. No obstante, hice un curso intensivo de vasco durante dos años con una profesora en París, que acabó siendo la cuidadora de mis niños, Ainara... Si hubiera hecho un curso intensivo de italiano durante dos años, probablemente hablaría italiano... Pero mi cabeza está un poco fracturada con respecto al vasco.

Desde siempre he tenido dos lados, el lado vasco y el lado francés. Están reforzados por ambos lados de la frontera, el lado francés y el lado español. Cuando se es vasco o vasca, hay que tener la cabeza sólida, porque uno o una está siempre partido o partida en dos.

Pero esos lados son también una riqueza. Mi suerte, como escritora en francés, ha sido la de no considerar mi lengua de escritura, el francés, como algo natural, sino como una lengua entre otras. Podía, pues, jugar con esta lengua, porque la miraba con cierta distancia, con cierta ironía, incluso. No estoy para nada a favor de la sacralización del francés. Los viejos señores de la Academia Francesa me divierten. Amo el francés, pero soy sensible a sus limitaciones. Carece de algunos aspectos; por ejemplo, las palabras que designan los ruidos o las texturas no cuentan con suficientes variables y su sonido y sus texturas son pobres, comparados con los de otras lenguas. Otro límite, el francés marca el género confundiendo el neutro con el masculino (como en español), y con la regla gramatical «el masculino se impone al femenino», un reto que concierne

directamente a mi vida de escritora. No quiero referirme a ello aquí, pero experimento todos los días la libertad que el vasco me ha aportado en relación al género en mi lengua de escritura.

Creo que fue en 1995 cuando García Márquez declaró de modo estentóreo que «el francés es una lengua muerta». Me parece que fue justo antes de que publicase mi primera novela, y me acuerdo, quizá, por eso. La frase me ofendió en mi francofonía, incluso en mi francesidad. Es el tipo de frase provocadora que me hace amar el francés, que me hace recordar mi amor por la lengua francesa. Es una suerte escribir en francés. En tanto que escritor o escritora, está uno o una vinculado o vinculada a una rica tradición literaria. El ámbito de difusión es amplio, y el número de lectores es considerable: ciertamente, menor que el número de lectores anglófonos, hispanoablantes e, incluso, chinoablantes, pero el francés sigue siendo, *a pesar de todo*, una gran lengua.

Así, durante años me he considerado a mí misma como una «escritora francesa, europea, de origen vasco». Luego, mi amigo Hasier Etxeberria, un escritor vasco que aquí muchos de vosotros conocéis, hizo para mí una mayéutica, un poco brutal, destinada a convencerme del hecho de que soy «una escritora vasca». Hablábamos en español, porque entonces él no hablaba francés con fluidez y yo seguía sin hablar vasco. Me dijo: «Eres una escritora vasca, como un caracol es un caracol». Al principio rechacé esa frase. No quería «reducirme», temía encerrarme en un gueto.

Pero gracias a Hasier volví a aprender el poco vasco que sé y empecé a *añorar el vasco*, que es ya una manera de ser vasco. Desde entonces me considero una «escritora francófona, vasca, europea».

Voy a citar al compositor vasco Ramon Lazkano. Le señalaron, en un contexto francés, que los títulos de sus obras son en vasco:

R. L. : «No es una voluntad, es una evidencia. Del exterior, como la lengua vasca es una lengua minoritaria, que no tiene ningún estatus en Francia, se leerá cada título como una reivindicación. Es difícil, aquí en Francia, considerar de otro modo lo que es minoritario: mostrar lo minoritario es, por lo

visto, hacer su apología. Utilizo mi lengua, y resulta que mi lengua es la vasca. En todo caso, el hecho de optar por títulos vascos no procede de un deseo de distinción: simplemente he recurrido a esta lengua incrustada en mí, y he hecho de ella un elemento encriptado, excepto para los *euskaldunes*».

Me adhiero a su análisis de una Francia jacobina a la que cuesta concebir el hecho minoritario sin considerarlo una anomalía o una provocación. Aunque lo raro y *anormal* en este planeta es hablar una sola lengua. La mayoría de los terrícolas hablan dos lenguas o más.

Ahora bien, yo, que soy vasca, hablo varias lenguas pero no hablo *mi* lengua. Estoy excluída, de facto, de los *euskaldunes*. La contradicción me resulta penosa —es casi un dolor físico—. Estoy persuadida, por ejemplo, de que no veo nada bien el paisaje vasco. Si lo viese en vasco, con las palabras vascas, lo vería plenamente. Habría que verlo en trilingüe, vasco-español-francés, tal y como se ve en multicolor, en technicolor.

Pero la vida es demasiado corta para estar afligida por una carencia tan metafísica. No quiero llevar el peso de esa pérdida. Intento, pues, aligerarlo la mayor parte del tiempo. Encuentro así mi libertad en ese rechazo a hacer un drama personal del drama nacional. Una libertad favorecida por mis viajes. Ser vasco crea una familiaridad con los pequeños países, o con los pueblos sin país, como los igbos de Nigeria, o los kurdos, o los indios de las praderas, o los zulúes de África del Sur... Siento una gran afinidad por los pueblos sin tierra, al menos con los que tienen que explicar a otras naciones que la única tierra de que disponen es su lengua y su cultura.

Ya sabéis de qué hablo: los vascos, cuando viajan, se pasan el tiempo explicando dónde está el País Vasco. Porque no pueden trazar líneas en un mapa. Hace unos años me puse a explicar a un yoruba, al fondo del Golfo de Guinea, que yo era de aquí, del fondo del Golfo de Gascuña. Eso abrió una de las vías de inspiración de mi novela *Il faut beaucoup aimer les hommes* (*Hay que amar mucho a los hombres*).

En un mundo ideal no habrá ya ninguna línea, ninguna frontera. Hasta entonces, no tendré nada en contra de un País Vasco

independiente, democrático, no-violento, europeo, laico y feminista¹... Pero tengo también una angustia quizá muy francesa de los nacionalismos. El nacionalismo en Francia está asociado al fascismo a causa del Front National. El FN ha secuestrado la idea misma de nacionalismo. De un modo más general, los franceses del «solar francés» imaginan que todo el mundo es francés. Cuando uno se reivindica vasco en París, se es, en el mejor de los casos, ridículo, en el peor, terrorista. E incluso de esos terroristas *has been* que ya no dan miedo a nadie después de Bataclan o Charlie Hebdo.

París es una ciudad que amo apasionadamente y donde vivo desde hace unos treinta años. Pero cuando vuelvo al País Vasco, siento últimamente una gran paz. Durante mucho tiempo este país ha sido para mí el del conflicto, familiar y político. Pero después de la serie de atentados en mi otra casa, en París y en Francia, descubro en el País Vasco la gran dulzura del hogar. No digo que este hogar esté totalmente apaciguado, digo que es un sentimiento nuevo para mí: la paz ha cambiado de lado.

En respuesta a una pregunta del público: no he escrito nunca en otra lengua que no fuera el francés, salvo en una circunstancia muy particular, la del atentado contra Charlie Hebdo. Me pasé todo 2015 discutiendo enérgicamente en inglés, en la prensa anglosajona o en internet o en las universidades anglosajonas (estadounidenses, sobre todo), intentando explicar Charlie Hebdo a gente que no hablaba francés pero que se permitía decir medias verdades, pretendiendo, concretamente, que esa revista era racista y que no había recibido más que su merecido... Me agoté procurando hacer pedagogía en una lengua que domino, el inglés. Pero no era literatura, era una urgencia posatentado. Era una labor de bombero, desesperada quizá, porque cuando es preciso explicar el humor y los dibujos, aquello no tiene ninguna gracia... Por primera vez en mi vida, dudaba de que todo pueda ser traducido —y en el caso de Charlie Hebdo, era literalmente una cuestión de vida o muerte—.

¹ Sobre este punto: descubrí con asombro que era la única interviniente femenina entre una decena de hombres, en estas dos conferencias sobre lenguas minoritarias. Los organizadores, molestos y disgustados, me transmitieron su empeño, y su fracaso, por intentar respetar la paridad. Les creo y los compadezco, en mi minoría.

*

Reanudo por escrito esta conferencia, unos días después de haberla impartido en el Aquarium de Donostia. Sigo en el País Vasco, en el lado norte, en Iparralde, y escribo ante una colina verde donde la helada matinal crepita suavemente fundiéndose al sol.

Fue un francés de origen rumano, Isidore Isou, quien teorizó lo que podría ser la gran comunidad poética de las lenguas. En los años cincuenta, fundó la Internacional Letrista: «Poniendo en práctica la universalidad, creamos una internacionalidad igual para todas las lenguas, más allá de su importancia. A igual beneficio y pérdida de cada nación, lograremos realizar el viejo sueño de toda poesía. Que la poesía se vuelva transmisible sin importar dónde y qué es lo que trasciende. La poesía letrista, la primera internacional verdadera».

La idea de esta Internacional Letrista, más ligada a la letra y al sonido que a la palabra, le surgió a raíz de un error de traducción. Una frase de Keyserling, «el poeta dilata los vocablos», fue (mal) traducida al rumano como «el poeta dilata las vocales», y fue esa frase la que cambió la vida de Isou.

Me resulta divertido que un error de traducción haya podido llevar a la utopía de una transmisión universal entre lenguas. Pero la escritura literaria —o poética, para mí es lo mismo— es siempre una especie de lengua extranjera. Se ha convertido incluso en topos. En mi ensayo *Rapport de police (Informe policial)*², me divertí recopilando frases de escritores que despliegan ese valioso lugar común:

«Los libros hermosos se escriben en una especie de *lengua extranjera*», (Proust). «El poeta habla una lengua totalmente desconocida, que cada cual, y él también, toma por griego o caldeo», (Ossip Mandelstam). «Un estilo [...] es como ser extranjero en la propia lengua», (Gilles Deleuze). «Llamo modernos a los que viven toda lengua como extranjera, y tienen, pues, que encontrar otra lengua [...]», (Christian Prigent). «El estilo es una lengua en el interior de la lengua, de

2 POL, 2010.

la cual ningún escritor no es plenamente consciente y menos aún domina [...]], (Dominique Fourcade). «Es escritor aquel para quien el lenguaje plantea un problema», (Roland Barthes). «Toda obra de valor es un acto de rebelión contra su propia lengua», (Danilo Kiš)...

En definitiva: traducir literatura, «verdadera», es ya traducir una especie de lengua extranjera. Marguerite Duras, por ejemplo, no escribe exactamente en francés: inventa sin cesar un francés dentro del francés, profundiza su propia lengua dentro de la lengua. Cuando escribe «El Sena es el Mekong», quizá quiera decir que un solo río recuerda todos los ríos ya vistos. ¿O si no qué? ¿Qué es lo que *quería decir* Marguerite Duras? Porque, presten atención: escribir «El Sena es el Mekong» no es escribir «El Sena se parece al Mekong». Ni «El Sena es como el Mekong». Porque el Sena no se parece al Mekong. En absoluto. Y no es como el Mekong. Pero es el Mekong, a veces.

Se puede traducir Duras a muchas lenguas. Pero no se la puede traducir al francés. No se la puede normalizar, no se la puede reducir a un francés «normal». Añadir «como»s o «parece»s. La fuerza de afirmación de la lengua de Duras hace abrirse un paisaje mental, y mundos. Es la literatura. Cada palabra está en su lugar. Es una lengua dentro de la lengua.

Hay una verdad de la afirmación poética como hay una verdad de la física cuántica: una verdad que tiende a la proximidad, a la observación, y a un dispositivo técnico preciso y elaborado. El físico con el acelerador de partículas y el escritor con la frase poética hacen un mismo trabajo de investigación. Esta verdad trasciende las lenguas. Atraviesa la literatura y federa esta internacional soñada por Isidore Isou.

*

Me gustaría, para terminar, contar el trayecto de una frase. Una frase que me ha alimentado. La frase es: «Solo la gente sin visión huye dentro de la realidad».

Esta afirmación un tanto paradójica, cuando la leí por primera vez, fue un shock. Parecía decirme mucho de mi vida y de mi manera de escribir.

Me gustaría contar el trayecto de esta frase comenzando por el final, porque no sé si hay una lógica cronológica en ese viaje. Se trata más bien de una lógica asociativa, contigua: espacial, sí. Quizá la lógica de los sueños.

Estaba en el Instituto Goethe en París, en enero de 2014, para hablar de Arno Schmidt, un escritor alemán que inventó un mundo y una lengua. Al final de mi intervención, un hombre del público pide la palabra. Cita una frase que me atrapa. Dice: «Solo la gente sin imaginación se refugia en la realidad».

La frase golpea en mi pecho con un sentimiento de *unheimlich*, de reconocimiento y de extrañeza. Se parece a la frase que yo conocía, pero no es exactamente la misma, como si procediera de una traducción un poco diferente.

Pregunto al hombre de dónde sale esa frase. Me dice que está en *Soir Bordé d'Or (Anochecer bordado en oro)*, el libro «de culto» de Arno Schmidt. Siento en mi pecho la colusión epifánica de dos mundos que no tienen en principio nada que ver, pero que son hitos importantes de mi geografía: Alemania, justo después de la guerra; y África del Sur, justo después del Apartheid. Veo las redondas colinas de Kwazulu-Natal. Veo el país zulú, en África del Sur. Vuelvo a ver una franja de mi vida que ha inspirado muchas de mis novelas.

Había leído una primera versión de esta frase en 2011 en un catálogo de Santu Mofokeng, un gran fotógrafo sudafricano. El catálogo se titula *Chasing Shadows*, traducido al francés como «Chasseur d'ombres» (*Cazador de sombras*)³. Mofokeng se refiere en el catálogo a su arte de fotógrafo para capturar lo invisible, y a sus dificultades de traducción a partir del zulú o

³ Santu Mofokeng, *Chasing Shadows*, Prestel Verlag, 2011.

del sotho⁴. Y cita esta frase: «Solo la gente sin visión huye dentro de la realidad».

En 2011 esta frase me conmovió de tal modo que me puse en contacto con él para pedirle permiso para reproducirla en la novela que estaba escribiendo en aquel momento, *Il faut beaucoup aimer les hommes* (*Hay que amar mucho a los hombres*). Me respondió, con elegancia, que la frase no le pertenecía: le parecía un proverbio, con un fondo de sabiduría universal. En todo caso, me escribía, es una frase repetida a menudo por su novia.

No me atreví a ser más indiscreta, y allí se detuvieron nuestros intercambios vía email sobre el asunto. Y yo me decía que su novia debía de hablar, como él, sotho o zulú. La frase tenía en mis oídos un encanto aún más misterioso, chamánico. La convertí en una especie de amuleto personal.

Así que cuando la frase me viene otra vez tres años más tarde en el Instituto Goethe, al otro lado del mundo, me pregunto cómo un proverbio zulú ha podido volver a encontrarse en un libro de Arno Schmidt.

Nada más regresar del Instituto Goethe, vuelvo a ponerme en contacto con Santu Mofokeng. Me responde que su susodicha novia es... alemana. Encontró la frase en la portada de una revista de poetas anarquistas alemanes. La versión original es la siguiente: «*Nur die Phantasielosen flüchten in die Realität*».

No me queda más que abrir el pajar del enorme libro de Arno Schmidt, *Soir Bordé d'Or* (*Anochecer bordado en oro*), que duerme en mi biblioteca desde hace años, traducido al francés

4 Esto es lo que dice de la propia traducción del título de la obra, refiriéndose a la palabra «sombra»: "Shadow" does not carry the same image or meaning as *seriti* or *is'thunzi*. The word in Sotho and Zulu is difficult to pin down to any single meaning. In everyday use *seriti* or *is'thunzi* can mean anything from aura, presence, dignity, confidence, power, spirit, essence, status and or wellbeing. The words in the vernacular also imply the experience of being loved or feared. One's *seriti* / *is'thunzi* can be positive or negative and can exert a powerful influence. Having a good or bad *seriti* / *is'thunzi* depends on the caprice of enemies, witches, relatives both dead and living, friends or associations, and on circumstance or time. Having and defending one's own *seriti* / *is'thunzi* from evil forces or attacking the *seriti* / *is'thunzi* of one's perceived enemies preoccupies and torments many African people. (...) And while I feel reluctant to partake in this gossamer world, I can identify with it. It does not strike me as 'peculiar'. Yet, I still try to avoid being trapped in its hypnotic embrace (...). Perhaps, I was looking for something that refuses to be photographed. I was only chasing shadows, perhaps. »

por Claude Riehl⁵. La frase está en la página 133, y entrecomillada; es ya una cita, de Wilhelm Jensen. Jensen es el autor de *Gradiva*, esa novela breve que Freud analizó para su estudio de los sueños, y que posteriormente tuvo un gran éxito entre los surrealistas franceses, entre ellos André Breton.

Retomemos: un proverbio supuestamente «zulú», citado por Arno Schmidt, que resulta ser una frase de Jensen, citada a su vez por Freud, luego por André Breton... como si el mundo tuviera una lógica subterránea, como si estuviese tejido con una escritura secreta, una ronda poética. Una internacional, letrista si se quiere, una magia racional vinculada a las palabras, a sus ecos íntimos y universales, y cuya huella es la literatura, sea de donde sea.

⁵ Arno Schmidt, *Soir Bordé d'Or*, Maurice Nadeau editor, traducido al francés por Claude Riehl, 1991.